

# La "rabaça" de Navidad en el Ampurdán y los lares públicos de Ampurias

Todos sabemos el enorme prestigio de que vienen gozando entre nosotros ciertos manjares tradicionales al llegar determinadas fiestas del año litúrgico: los roscones de Navidad y de Ramos (1), los pasteles «bunyols» de Semana Santa, los huevos y la «mona» de Pascua florida, las castañas de la víspera de Difuntos, para no citar sino unas pocas de entre las diversas viandas cuyo advenimiento cíclico a través del sautoral de la Iglesia es recibido siempre con vítores y efusiones jubilosas por parte de la gente moza.

De donde proviene a esos manjares ancestrales la misteriosa adherencia que les viene guardando nuestras gentes?

Semejante adhesión no podemos atribuirle sino al papel semi-rituario que han desempeñado siempre tales viandas en la vida recoleta de nuestros hogares.

Simbolos de la divinidad, allá en los tiempos pre-cristianos, o simples autos de fé destinados a corroborar la firmeza de las verdades que nos ha enseñado la Iglesia, de cualquier modo que quieran mirarse esas viandas familiares, ellas constituyen, itudablemente, uno de los más señeros recuerdos que de su pasado guarda nuestro pueblo, recuerdo cuyo encanto parece acrecentarse cada vez que, al ritmo implacable que le impone el calendario, reaparece la fiesta a la cual vienen adscritos respectivamente aquellos manjares.

Ninguno de estos, no obstante, consigue aventajar, en cuanto a sabor local, ni, probablemente, en antigüedad a la tradicional «rabaça» navideña que es la golosina por excelencia, si las hay, entre todas cuantas ha inscrito la costumbre en el ciclo de las ofrendas familiares.

Y este sabor y esta prioridad que no vacilamos en otorgar a la «rabaça» de los ampurdaneses corren parejas con el abolengo místico de la misma.

«Bons dies, padrina.  
Nadal ha vingut  
doneu-me la «rabaça»  
i Deu vos dongui salut (2)

He aquí la copla que antaño, el día de Navidad, no bien habían saltado de la cama los chicos y las mozas del Ampurdán, saludaban retozones y satisfechos a sus padrinos que eran los portadores de la «rabaça» de sus ensueños.

Hay que observar, empero, como el pastel al cual hace alusión nuestra copla ha desaparecido ya de los lares ampurdaneses. La «rabaça» ha dejado de ser tal, desde hace algunos años para tomar la forma de «roscón» o «tortell». Ignoramos, no obstante, cuando se introdujo cambio tan radical en la costumbre que nos ocupa así como la causa que lo motivara aunque sospechamos obedezca esta úl-

tima bien a consideraciones de orden práctico bien a disposiciones superiores de carácter disciplinar; únicamente nos cabe consignar en este punto, sirviéndonos para ello de los datos que nos ha proporcionado el Archivo Etnográfico de Cataluña (3), que hacia la región litoral del Ter no ha mucho se hallaba todavía viviente la genuina «rabaça» la cual se caracterizaba especialmente por su disposición alargada y un tanto más abultada en uno de sus extremos.

Esos pasteles, cuyo reparto a los pequeños de ambos sexos coincide con el solsticio invernal, no eran exclusivos de la región ampurdanesa; una costumbre parecida hallamos localizada en Menorca donde la popular «rabaça» de los pueblos indigetes recibe el nombre de «urana» o sea «la celeste» por cierto bien denso en sugerencias (4). Si tomamos en cuenta el hecho de las influencias griegas, que tan acusadas hallamos en la isla antes citada, el vocablo que los menorquines dan a la torta nos explicará con bastante claridad el alcance rituario que tuvo, en sus buenos tiempos, la golosina navideña. Es que los encargados de distribuir esas tortas rituales entre los miembros de la «fratria» insular menorquina remontándonos a los tiempos en que tales pasteles constituían la ofrenda colectiva que se hacía al sol al llegar la fiesta invernal del astro pusieron empeño, quizás, en hacer creer a la gente menuda que eran aquellos el manjar de los dioses.

Volviendo ahora a la torta peculiar del Ampurdán cuyos orígenes y vicisitudes tratamos de investigar es de advertir como el área de dispersión de tan singular costumbre no coincide con la demarcación del condado emporitano si no que por la parte occidental del mismo rebasa bastante sus fronteras hasta alcanzar los pueblos de San Lorenzo de la Muga, Cistella, Vilanant, Tarabaus, Aviñonet, Vilafant, Figueras y Borrassá todos ellos incritos en el condado de Beaulí. Esta particularidad nos afirma en nuestra creencia de que los condados, geográficamente considerados, no siguieron muy fielmente los límites que tenían señalados las tribus o regiones iberas primitivas sino que los límites de las demarcaciones políticas o condales pecan de arbitrarias si se las examina desde el punto de vista étnico.

Examinados ya los antecedentes de la costumbre navideña que nos ocupa desde el punto de vista folklórico veamos de completar el estudio de la misma con unas breves apostillas destinadas a poner de relieve sus probables vicisitudes a través de la historia.

Tanto si nos atenemos al nombre menorquín «urana» que recibe la torta de Navidad como si paramos mientes en la festivi-

dad con la cual resulta coincidir su distribución — precisamente el día fijado para la celebración de la fiesta del sol (5) según el calendario romano — la «rabaça», como hemos apuntado anteriormente, debió ser una ofrenda que hacían los pueblos indigetes a la virtud fecundante del astro solar.

No en balde se encendían hogueras simbólicas en la cumbre de ciertas montañas al llegar la media noche de la vigilia de Navidad (6), ni tampoco es cosa de atribuir al azar que las familias sacrificaran aquel día un gallo a Helios (7) con motivo de la fiesta solar que nos ocupa; ese pavo navideño que aun en los tiempos actuales viene siendo el plato obligado de la fiesta entre las familias proceres de nuestra tierra y cuyo emblema si en sí los remotos hizo alusión a la fuerza fecundante del astro solar sobre la naturaleza posteriormente pasó a representar el mismo principio místico cuando fue asociado a la diosa de la fecundidad, Diana efesina. Para concluir, todas estas manifestaciones de índole francamente naturalista cuya trabazón entre sí es bien notoria pueden ser consideradas como el mejor exponente que nos legaron los pueblos pre-cristianos acerca las teogonias místicas que profesaban los mismos sobre el calor solar y el fuego (8).

No obstante el simbolismo solar que sin duda encerraba la «rabaça» en sus orígenes debió sufrir en los tiempos históricos una profunda evolución pasando aquella, ya en tiempos del imperio probablemente, a representar el hogar comunal o larario público, una de las principales instituciones del pueblo romano.

Aunque el funcionamiento de los lares públicos ampuritanos sabemos muy poca cosa nos suministra pruebas fehacientes de su existencia una lápida romana descubierta entre las ruinas de Ampurias cuya dedicatoria a los funcionarios de aquel municipio, Cornelio y su hijo Galo Saturnio ha dejado constancia del cargo de (cultores larum) esto es, servidores del larario; que los dos habían ejercido en vida (9).

Es obvio pues, que en Ampurias hubo, no lejos del capitolio, un edificio donde ardía el larario de la ciudad.

Sin que pretendamos negar, ni mucho menos, el carácter romano de semejante institución no hay que hechar en olvido que al igual que tantas otras instituciones oficiales de los romanos — el hogar común de la ciudad — tiene sus precedentes, como nadie ignora, las costumbres del pueblo griego una de ellas particularidades era la de que cuando se lia del país una representación comercial para ir a fundar alguna de sus factorías lejos del suelo patrio nunca dejaban de llevar consigo, los expedicionarios, una brasa de lam-

bre del prítaneo u hogar comun de la ciudad con cuyo fuego sagrado poder alimentar el nuevo larario que habia de arder sin interrupción en recuerdo del hogar patrio allí donde acababan de fijar su residencia los emigrados.

La existencia del larario ampuritano del cual nos da cuenta la inscripción funeraria antes citada debió dar pie a la fiesta colectiva que, en un día determinado del año, venian celebrando esas «fratrias» ciudadanas y, a nuestro modo de ver, una de las más genuinas manifestaciones de la misma sería la consiguiente distribución de la torta simbólica a todos los afiliados a la «fratria» ampurdanesa (10)

Después de cuanto llevamos expuesto referente a la «rabaça» ampurdanesa no podemos menos de observar la significativa correlación que guardan en este punto los materiales folklóricos que, relativos a la torta, hemos podido recoger en la zona catalano-insular explorada al efecto con los restos arqueológicos que tocantes al particular nos han proporcionado las excavaciones practicadas en Roma y en Ampurias señal evidente del inestimable valor que encierran las tradiciones al parecer más triviales en orden a las investigaciones de índole histórica.

Hoy el «tortell de Nadal», sucedáneo de la mítica «rabaça», en contacto secular con la fiesta cristiana por excelencia cual es la del Nacimiento del Divino Infante, ha perdi-

do en absoluto su sabor pagano: El Cristianismo con su savia vivificante ha obrado el milagro, pero, hay que reconocerlo, el manjar navideño que todos los años llena de regocijos infantiles los hogares ampurdaneses tiene aun a su favor la singular ejecutoria que en tiempos remotos le otorgara una de las más prestigiosas instituciones del mundo romano, el larario público.

PEDRO VAYREDA OLIVAS

(1) Los pueblos de la Garrotxa (Ansetanos) no conocen los roscones navideños, en cambio en esta comarca se dan roscones el día de Ramos.

(2) Buenos días, madrina,

Navidad ya llegó

dadme la «rabaça»

y quedad con Dios

(5) Debemos esas noticias a la amabilidad del director del archivo, Dr. Tomás Carreras y Artau, quien, años atrás, me permitió examinar las interesantes comunicaciones allí recibidas acerca de la «rabaça».

(4) F. Camps y Mercadal «Traduccions mitològiques» Generalitat del folklore menorquí. (De la revista «Tresor dels Avis» Artá 1-20)

(6) Natalia solis invicti.

(6) En la cumbre del Tagamanent, en el Vallés, se encendía una de estas hogueras rituarías para los primitivos pueblos.

(7) Tetrao urugallus; el «ave de fuego» o gallo silvestre del Pirineo.

(8) La costumbre que seguramente relacionada con las tortas hogueras de Navidad halla-

mos localizada en varios pueblos del Alto Ampurdán (Agüllana, San Lorenzo de la Muga, etc.) de entender una grande hoguera en la Plaza pública al promediar nochebuena sería una reminiscencia del culto colectivo que tributaron al fuego los ampurdaneses y quizás un lejano precedente naturalista del larario comunal según lo acredita el hecho repetidamente registrado en las citadas poblaciones de ofrendar al genio del hogar (Helios o Vesta) un apero de labranza o un utensilio doméstico por parte de los que tienen a su cargo alimentar la hoguera comunal.

(9) J. Botet. Geografía general de Cataluña de F. Carreras: vol. «Gerona» p. 359

(10) Hemos venido en conocimiento de esa fiesta y de las costumbres vinculadas en la misma por los ritos que practicaba en Roma el Colegio de las Virgenes Vestales. Esas sacerdotisas del fuego sagrado tenían a su cargo la confección de unos panecillos de harina de espelta con sal mola salsa cuyos panes en las fiestas denominadas Vestalia -filiación de las que los griegos dedicaban a su diosa del fuego Hestia- eran ofrecidos por los ciudadanos de la gran metrópoli latina a los magistrados de Roma. Véase: L. B. Berta-Relli «Roma e dintorni» Guida d'Italia del Touring Club Italiano, pag. 145. Según los antecedentes que nos suministra esa costumbre de la Roma imperial la torta en cuestión es de crear que, con el rodar de los tiempos, pasaría a ser un manjar del que participarían todos los ciudadanos a juzgar por el fuerte arraigo que tomó en el distrito ampuritano la «rabaça de Nadal».

## El sentir artístico de Figueras

Si Figueras, en el aspecto artístico, no cuenta con una tradición que la sitúe en un lugar de privilegio, no puede citar a un contingente de artistas que formen escuela, ni en su aspecto urbano puede ofrecer monumentos de calidad excepcional, no por ello es una ciudad huérfana en este aspecto. La vida artística no ha dejado de mostrarse intensa en múltiples ocasiones, y la comarca que la entorna, nuestro Ampurdán, ha servido de tema en muchísimas ocasiones, a los artistas que han desfilado por sus parajes, dispuestos a captar sus variados y emotivos aspectos y su inconfundible carácter.

En varias ocasiones, conversando con buenos amigos que han venido a disfrutar unas horas agradables que les ha brindado nuestra querida ciudad, se me ha discutido y se le ha hecho el reproche de estar faltada de todo movimiento artístico. Naturalmente he defendido siempre este punto, en la convicción de que, si bien no podemos,

apuntarnos un tanteo considerable a nuestro favor, tampoco hemos vivido al margen y dado la espalda a toda emoción estética. Algo podemos contar en nuestro haber y queda no poco para hacer teniendo la seguridad de que, paulatinamente, irá todo realizándose.

Es verdad que no contamos con un museo del cual pueden presumir otras poblaciones cuyas condiciones son muy parecidas a las de la nuestra, y no es por falta de material; en la comarca habríase encontrado el suficiente para nutrirlo con obras de interés en el caso de haberse fundado. Además, a su debido tiempo, creo hubiéramos podido reivindicar para nosotros todo el tesoro de Ampurias, que habría encajado perfectamente dentro del marco que más propio le hubiera sido: nuestro maravilloso Alto Ampurdán. Digo y repito: tengo la seguridad de que material y calidad, no habría faltado pues son muchos los que, recapacitando sobre piezas notables que hubieran podido reunirse

facilmente, y hecho un recuento, la cantidad de las mismas supera cuanto podría figurarse todo aquel que no esté iniciado. Un recuerdo que perdura entre todos, la demostración magnífica que se hizo en una exhibición de objetos artísticos, antiguos, que tuvo lugar hace años en los salones del cine Edison

Lo que ha ocurrido, es que no se ha contado nunca en el momento propicio con la persona o grupo capaz de lanzarse a lo que se considera una aventura, con pocas probabilidades de éxito, grupo formado por soñadores poco prácticos y a los que se les toma siempre con cierta cautela.

Si hacemos unas cuantas consideraciones sobre las exposiciones que han venido celebrándose, nos sorprenderemos de que, pocos han sido los años que hayamos pasado sin poder contar con varias de ellas. Unas de carácter local como la que se celebra actualmente en las salas de la Casa Consistorial re-

(paga a la pag. 21)